

Es un mal momento que hay que pasar, pensarán: no lo pasemos enteramente ociosos. Por otra parte, la guerra misma, la guerra con todo su horror, abre, ¿quién lo dijera?, caminos al trabajo... La obrera, que ya no puede concurrir a la cerrada fábrica ni al taller donde se preparaba la moda de la estación siguiente, se dedica a confeccionar para el soldado prendas de ropa, de abrigo, porque el invierno asoma...

* *

He aquí un nuevo y lúgubre aspecto de la guerra: la nieve, el fango que de la nieve se arma, y en el cual los soldados patullan sin poder avanzar. Es la malevolencia del clima, la tenacidad de la naturaleza, sorda al sufrimiento del hombre.

En la otra guerra francoprusiana, que como todos recuerdan estalló en la misma época del año que la actual, fué el invierno lo que más abrumó a los combatientes. Y como suele suceder, por lo mismo que aquel año sería un bien tan grande la relativa benignidad de la estación, vino una de las más rigurosas que se recuerdan; los ríos helados, las fuentes hechas carámbanos, las lluvias torrenciales y las montañas y las llanuras revestidas de un sudario blanco, fúnebre...

En el ejército del Este, aquel desventurado cuerpo que dió grandes pruebas de constancia y valor, y en el cual militaban gentes del Mediodía, más sensibles a la temperatura rigurosa (como lo son ahora esos senegaleses que ha sido preciso reexpedir a su país, porque se morían), padeció con el frío lo que no cabe imaginar de torturas. Hubo un dramático episodio que me causó gran impresión cuando lo leí. Vivaqueaba un regimiento entre la nieve. Se les había prohibido encender hogueras, porque delatarían su presencia al enemigo. Y, sobre el suelo a la vez duro y embarrizado, aquellos hombres iban poco a poco insensibilizándose. Se habían quedado dormidos, mejor dicho, aletargados; la vida les abandonaba.

Presa de igual soñolencia, el oficial también cayó en sopor; pero sopor calenturiento, cruzado por visiones extrañas. Soñó que por el bosque próximo, enfundados en sus largos capotones, preparado el fusil, a paso de lobo, avanzaban los infantes prusianos. Ya se acercaban, ya estaban encima... Y, con un esfuerzo tremendo, sacudiendo el sueño letal, se irguió, gritó estentóreamente:

— ¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡Arriba!

Con esfuerzo súbito empezaron a ponerse en pie los soldados franceses, echando mano de sus armas, sacudiendo los entumecidos brazos... Y el enemigo no pareció; pero las vidas de aquellos que iban a amanecer helados fueron salvadas. En cuanto al oficial lo que tenía era un acceso de delirio, una repentina locura; siguió corriendo y no volvió a aparecer. Volaba hacia el monte siempre gritando «¡El enemigo! ¡El enemigo!» Acaso cayese en un precipicio; acaso le matasen los alemanes. Nunca más se supo su paradero.

* *

Y yo — desde que el cierzo sopla, anunciando la proximidad de su riguroso hermano, el ábrego —, pienso: en nuestro templado clima, lo que va a ser de esos ejércitos, que verán caer sobre sus cabezas los copos blancos, el sudario glacial... No es posible calcular cuánto aumenta cualquier penalidad el frío. Suponed a los soldados hollando un suelo que recubre una capa de nieve de veinte a sesenta centímetros. De noche, sin techo en que abrigarse, sin tiendas de campaña, vivaquean, con los pies encharcados, rígidos, la cabeza entrapada para evitar perder las orejas o la nariz, el cuerpo transido; y, como la distribución de víveres no se ha realizado, el estómago vacío no envía al organismo un poco de calor. Tal va a ser, verosísimamente, la suerte común de aliados e invasores. Pero los sajones, más habituados a los climas duros, acaso no sientan tanto como los franceses y los italianos esta crueldad de la campaña.

Los ingleses, por ejemplo, están familiarizados con la nieve... Pero también lo están con el buen fuego de hulla, los desayunos calientes, la carne sangrante, la cerveza, lo que robustece y permite desarrollar calorías. No son el frugal hombre mediterráneo, que soporta el hambre estoicamente. Aun soportándola, llega un momento en que el *andrajo*, como dijo festivamente un escritor bien francés, pide lo suyo. También necesitan comer, aunque sólo sea pan, y mejor si es sopa calentita, esa sopa cuya falta parece señal evidente del desbarajuste en la Administración militar.

Hubo en la otra guerra un cierto general Durrien (aquel que preguntó, en la granja de Mont Chevis, si no quedaban zuavos, puesto que no los veía atacar a la bayoneta). Este general, poco después, se volvió loco; y su locura consistía en pedir, llorando, pan para su gente... No había podido soportar la idea de que sus soldados se le morían de hambre.

Menos que los que están en campaña sufren los prisioneros de guerra; y, sin embargo, es tan apetecible y tan apetecida la libertad, que todos se trocarían por los que soportan todo género de privaciones y escaseces; pero no están bajo el peso del cautiverio.

Los prisioneros tienen seguro el rancho, la cama y la ropa. Hasta se les da trabajo pagado en algunos puntos de Francia (hablo de prisioneros alemanes). Su suerte si no es envidiable, por lo menos no es triste. Según refiere Juan de Becon, los sacan a paseo, los bañan, los tratan sin dureza alguna, y ellos disponen de tiempo para leer la *Biblia*, como buenos luteranos que serán, para distraerse, para gozar del sol y del campo y del reposo. No inspiran lástima. Hasta hay uno que, al escribir a su novia incesantemente, le anuncia que, al terminarse la guerra, se casarán y vendrán a pasar la luna de miel en aquel mismo lindo punto de vista de los Pirineos, San Juan Pied de Port, donde le han tenido preso y bien cuidado sus buenos enemigos los franceses...

* *

Sí; a veces, en guerras ferocísimas, en ésta en que parece haberse agotado la rabia de la destrucción, hay un aspecto benigno, donde la humanidad recobra sus derechos. Por un instante, se procede como entre hombres, no como entre fieras. ¡Se da de comer al hambriento, se da de beber al sediento, se entierra al muerto, se viste al desnudo! Consuela pensar que no toda la bella tierra de Francia está cubierta de rojos incendios, de líneas de muertos, de ciudades trémulas bajo el paso del invasor. ¿Es usted francófila?, insisten en preguntarme. Yo creo que esto no es francofilia. Es antropofilia solamente. Una hermosa nación devastada, ¿para quién será un espectáculo grato, a quién no causará pena? Cualquiera que sean sus antecedentes históricos respecto a nosotros, Francia no puede dejar de parecerse algo identificado con nuestro modo de ser. Nos parecemos hasta en los defectos. Lo que nos separa es la línea de la frontera, no tan imaginaria e ideal como suele suponerse; pero que no estorba la incesante comunicación. Estamos en contacto continuo, y el francés, realmente, es el menos extranjero de los extranjeros para nosotros.

No, no se trata de francofilia. Se trata de un terror profundo ante lo desconocido, ante el misterio de lo que va a surgir de esta enorme perturbación de Europa. Hoy asistimos a la épica tragedia: ¿y después? ¿Qué nos aguarda?

* *

Los que creen en el triunfo de los alemanes, suponen que ejercitarán, ya sin rebozo ni obstáculo, la hegemonía en el mundo. Y, cuando esta hegemonía haya de terminar (pasados dos o tres siglos) vendrá otra, la del Japón, la de las caras amarillas. En pos, unidas las naciones sudamericanas, será de ellas el imperio universal. Y, cuando también decline el sol del otro hemisferio, les tocará la vez a las razas africanas, ya civilizadas y fuertes...

Fantasías proféticas. Ninguno de los que hoy vivimos veremos nada que a tal se asemeje. Nos contentaremos con saber si son los germanos o los ingleses los que ahora queden dominando el globo con su comercio, su industria, su desenvolvimiento colonial y su espíritu.

Un buen señor, de estos que se apocan, me decía que deseaba el triunfo de los alemanes, porque al cabo los ingleses eran protestantes y muy propagandistas. ¡Bah! Tampoco los alemanes se pasan de ortodoxos.

Naturalmente, podemos exclamar que entre herejes anda el juego, y todo es cometer herejías: la de Reims, la de Arras...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y sigue la pesadilla de la guerra, esta opresión que aprieta los corazones y ensombrece el horizonte, cubriéndolo de mefíticos vapores rojinegros... Y no se sospecha siquiera por dónde podrá despejarse un poco el firmamento de Europa. En lo que convienen todos es en que hay guerra para rato.

Convienen ahora, sí; pero no pensaban de este modo cuando hizo explosión la noticia tremenda. Con optimista desconocimiento de las leyes de la historia, suponían que iba a ser cuestión de tres semanas. ¡Sí, tres semanas!

El secreto de que la guerra debiese concluirse tan pronto era, según decían, su misma enormidad, lo imposible de que subsistiesen los ejércitos y hasta las naciones, a causa del encarecimiento de los víveres y su desaparición de los mercados. A más, corrían rumores de que, veinticuatro horas después de romperse las hostilidades, ya habían subido a las nubes los huevos y la merluza, con otras nuevas del mismo género inocente. La verdad es que, a estas fechas cuando menos, ni aun los cereales señalan las oscilaciones de la guerra.

* *

Y lo que podemos afirmar de España, parece que también sucede en otros países. Hasta en Alemania, bloqueada, no han encarecido, según noticias, las subsistencias, detalle apenas creíble.

Y es que hasta el mayor desorden, el desorden supremo, que es la guerra, se ordena, por decirlo así, cuando dura. Los peores momentos han sido los primeros, el estupor y el pánico del instante en que se inició el pavoroso choque. Después, vino la reacción, y con la reacción, la necesidad de resistir, de calmarse, de seguir viviendo. Y, hasta donde fué posible, aun en los países invadidos, se organizó la defensa, no militar, no armada, sino pacífica, paciente, por el campo, por la casa, por la fábrica, por el tráfico humilde. Es la misión de los millones de existencias oscuras, y tal vez nunca sabremos cómo se han guarecido durante este deshecho temporal. Habría que seguir al día el flujo y reflujo de una marea profunda y sorda.

* *

Estos grandes fenómenos sociales se desenvuelven en la sombra y nadie repara en ellos. Pero es seguro que franceses y belgas están sosteniendo, no quieren abandonar las industrias y reanudan ciertas transacciones comerciales y cultivan la tierra y concurren al mercado, abren la tiendecilla; la inmensidad de mujeres trabajadoras, entre aflicción y lágrimas, vistiendo tal vez su duelo de viudas o de madres, han manejado la aguja y la tijera, trenzado el mimbre, calado el encaje — porque la guerra, aun la más larga, es transitoria, y el hambre es de todos los días... De todos los días también, las necesidades de la vida; por lo cual, si se sigue produciendo, es que se sigue comprando... De fijo que los grandes industriales, durante este angustioso período, preparan sus *stocks*, acaso en espera de beneficios enormes, porque los salarios serán ahora más bajos, y las mercancías alcanzarán precios más tentadores el invierno o el verano que viene, cuando el ángel de la paz temblando aún, encogido y corrido, extienda sus desplumadas alas...